ACCION CULTURAL MUNICIPAL: INTUICIONES Y BALANCE 86

EDUARD DELGADO i CLAVERA
Antropólogo y representante en la
Comisión de Desarrollo Cultural del
Consejo de Europa.

Se aborda el balance de la primera década de actividad cultural de los municipios en España tras la restauración democrática. Concluye el análisis, que fuera cuerpo de la conferencia dictada en las terceras Jornadas Provinciales de Cultura, celebradas en Arcos y patrocinadas por Diputación, con la intuición-recomendación que realiza su autor para encaminar la acción cultural de los municipios en la próxima década.

Qualquier reflexión sobre la intervención en la vida cultural de nuestras comunidades se plantea hoy de una forma notablemente distinta a la que se practicaba hace escasamente un lustro. Para empezar, esta reflexión se produce hoy de forma creciente en institutos y organizaciones dedicados de forma específica a labores de apoyo a la acción cultural; centros de formación, centros de estudios, etc... Se empieza a ver que las reflexiones de los políticos, los artistas o los propios pedagogos y analistas sociales, parten de premisas que no siempre son útiles para el análisis de la acción cultural. Se está detectando el marco de la especificidad de los estudios culturales y ello induce cada vez más a reconocer su personalidad.

Tal vez por estas razones, vemos cómo esta reflexión tiende a ser más operativa y pragmática donde antes se presentaba ideológica y utopista. Hoy preocupan algo menos los principios éticos de la participación y más los mecanismos de acceso a determinados servicios o propuestas culturales. Es decir, importa más que un programa de difusión llegue a un máximo de gente que potenciar la intervención directa de la gente en las decisiones que rodean esta difusión. Hoy preocupa más que antes el resultado organizativo e incluso el económico donde antes preocupaba el valor simbólico de la actividad.

Yendo algo más atrás, se podría decir que nos hallamos al final de un proceso que se inició hace 10 años con las primeras aperturas reales posteriores a la caída del Régimen Franquista. Asistimos en primer lugar, a una etapa marcada por la ocupación y la recuperación. Entre 1976 y 1979, año de las elecciones municipales, se estableció una presencia del cuerpo social en la calle y la cultura o las prácticas

culturales fueron la punta de lanza de esta ocupación. Asimismo, se procedió a una recuperación de símbolos, obras y personajes cuya rehabilitación tuvo también una etiqueta cultural.

En este trienio culminó el uso de las prácticas culturales como idioma para la acción política; culminación que empezaría a marcar la separación entre ambos lenguajes.

Esta primera etapa fue también la de las promesas de paraísos culturales. La bisoñez de partidos y organizaciones ciudadanas ante lo que prometía la nueva fase democrática, se manifestó en los compromisos electorales. Se ofreció una «sociedad cultural», donde el saber, el arte y la educación ocuparían lugares de privilegio. Se aludió a notables recuperaciones de patrimonio, a la creación de industrias culturales, a una época dorada de libertad, justicia y recursos para los artistas. Fue la época del «cada»; en «cada» pueblo, en «cada barrio», y «en cada» calle... «cada asociación»... «cada artista»... De hecho todo y nada fue verdad. En líneas generales, hoy estamos viviendo del impulso ético que la acción cultural adquirió en aquellos años y algunos de los instintos que hoy mueven decisiones están todavía presididos por las esencias de la transición cultural.

Hardware para la cultura

De la primera etapa se destilaron fundamentalmente dos conceptos: primero, que era necesario salvar las prácticas culturales de la crueldad del mercado. Es decir, que ni los servicios ni los productos culturales (incluyendo las entradas a los espectáculos), podían someterse a las leyes de la oferta y la demanda. Durante esa época se había echado mano de las subvenciones pero se intuía que a medio o largo plazo las subvenciones al productor cultural no iban a ser justas ni suficientes; era necesario incidir sobre el consumo cultural democratizando lo democratizable, es decir, los precios.

En segundo lugar, se cayó en la cuenta de que era muy difícil hacer una acción cultural cuando se carecía de infraestructuras.

La creación de infraestructuras y equipamientos culturales presidió la etapa siguiente que podríamos situar entre 1979 y 1982. En líneas generales, se puede decir que los que tenían que hacerlo en aquel momento; los ayuntamientos, se plantearon la construcción de casas de cultura, salas para la difusión cultural, equipamientos polivalentes, etc... Muchos no pudieron o no quisieron llevarlo a la práctica, pero es indudable que la capacidad de gestión del erario municipal por parte de los nuevos consistorios, condujo al planteamiento de inversiones en piedra; el llamado «hardware» de la cultura.

Evidentemente, se empezó por lo más convencional, museos y bibliotecas, siguieron las salas polivalentes para la difusión y la reforma de los archivos, escuelas de música, artes plásticas, etc... Los más atrevidos plantearon casas de cultura, casas de jóvenes, etc...

Esta inminencia de muros para la acción cultural paralizó los debates entre los actores culturales y sobre todo, las entidades ciudadanas y los consistorios. La disputa sobre tamaño, coste, ubicación, gestión y uso de los nuevos equipamientos abrió una cancha algo doméstica y empobrecida donde se reagruparon los nuevos o restantes representantes vecinales ante sus ex-compañeros, entonces ediles o técnicos en la nueva Función Pública. Cancha doméstica y empobrecida en relación a las que en épocas anteriores habían enfrentado los Ayuntamientos contra las entidades, «democracia, empleo, calidad de vida...»

Hay que insistir aquí en que este proceso no se produjo de forma regular o universal. Ciertas zonas del Estado lo vivieron más deprisa que otras y en condiciones económicas y cívicas más favorables. Sin embargo, se puede aludir al surgimiento de determinadas problemáticas ubicándolas en un determinado momento por más que su resolución se produzca en momentos distintos en regiones distintas. La etapa que se ha situado entre 1979-1982, concluyó con la victoria del PSOE en las elecciones generales y el acto de tirar la toalla por parte de las entidades y asociaciones que disputaban a la Administración Local un liderazgo cultural. El problema que se evidenció muy pronto fue el provocado por la victoria pírrica de los Ayuntamientos. Una vez más los sectores progresistas se habían equivocado de enemigo y ello era muy claro en el campo de la acción cultural. Se había ocupado el Ayuntamiento, se habían planificado y/o construido equipamientos, ahora había que

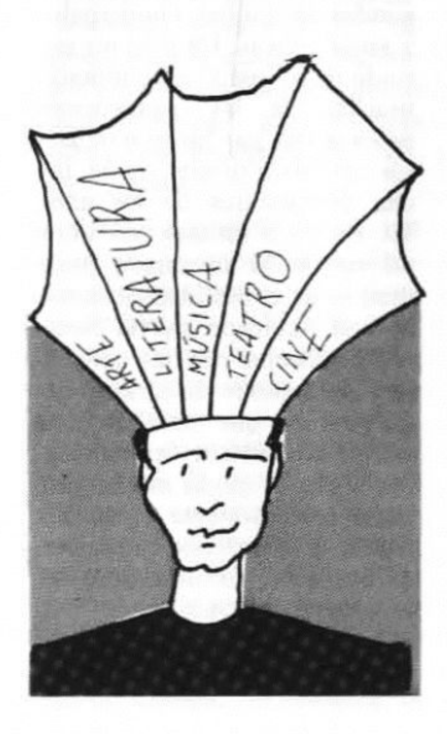
ver qué es lo que se metía en ello.

Pírrico software

Así se iniciaba la tercera etapa que podemos situar entre 1983 y 1986. Una etapa de recuperación de lo que queda del movimiento ciudadano, en un intento de dar vida justamente a los programas e infraestructuras que se crearon inicialmente bajo la presión de éste. Esta tercera etapa se caracteriza por un frenazo en la inversión de largo rendimiento (el hardware), una racionalización de los servicios creados y sobretodo, una creciente curiosidad por ver «dónde nos hemos equivocado». Y para un gran número de observadores y usuarios de la calle, en España se han errado las políticas culturales y en especial las locales.

Se han errado porque:

1.º) Se han creado servicios y programas a tenor de la intuición de racionalidades políticas, pero sin un conocimiento ni siquiera aproximado de las necesidades de la población. En algunos casos se ha acertado más que en otros, pero la unilateralidad ha presidido la gran mayoría de las decisiones. Las distintas administraciones han mostrado el más escaso interés por dotarse de métodos más rigurosos de evaluar el paquete de necesiades culturales.



2.º) No se ha planificado una estrategia cultural coherente con unos objetivos a medio y largo plazo, incorporando a dicha estrategia las mínimas variables para que el proceso pueda adaptarse no dialéctica sino orgánicamente a la realidad social. En general, se ha actuado valorando más la cantidad y la velocidad que la calidad y la inserción colectiva del hecho cultural.

3.º) Se ha hecho prevalecer el discurso educativo y asistencial ante el discurso más directamente creativo es decir, se ha permitido que la acción cultural se traduzca casi exclusivamente en talleres y cursillos salpicados por arbitrarias presentaciones de estímulos artísticos como conciertos, piezas teatrales o exposiciones.

El acento educativo-asistencial ha alejado a los elemento más creativos del coto cultural de muchos municipios. Se ha sustituido al músico, al pintor, al actor, al poeta por el asistente social o al maestro, aunque a veces nos llegarán éstos últimos disfrazados de monitores de jóvenes o animadores de talleres.

4.º) Similarmente, se ha alejado a los movimientos sociales y vecinales, herederos hoy de parte importante de la representatividad ciudadana, de los recursos para la acción cultural. Con ello se ha ignorado una energía organizativa y creativa cuya ausencia representa un enorme costo para el sector público en los capítulos de personal y de servicios.

5.º) A falta de una reflexión más profunda, las decisiones sobre intervenciones culturales se han tomado puntualmente y en atención a criterios exageradamente simplificados; por ejemplo, enfrentando conceptos tales como:

local / forastero,
rural / urbano,
tradicional / moderno,
voluntario / profesional,
privado / público (oficial),
artesanal / «tecnológico»,
de origen en clases subordinadas / de origen en clases burguesas...

No obstante, estos errores reseñados y otros que se podrían aducir dentro del mismo calibre, no dejan de ser observaciones «a posteriori» y es muy difícil enjuiciar hasta qué punto pudieran haber sido evitados. Cabe recordar que en esta última etapa que comentamos (1983-1986) se han producido los primeros resultados de las políticas (?) culturales de las Comunidades Autónomas. Con lo cual, muchos Ayuntamiento, sintiéndose vulnerados por éstas últimas han tenido que girar su artillería que apuntaba a las disidencias vecinales, hacia las nuevas Consejerías. Este giro de 180 grados, con los cambios correspondientes en las tácticas, recursos y objetivos, ha mellado aún más la capacidad de los consistorios para repensar su quehacer cultural.

Visto desde otra óptica, la última etapa merece un comentario sino menos riguroso,

si, por lo menos, más relativista. Los últimos años han marcado el pensamiento sobre el desarrollo cultural local, por la propia evolución de un sector que a pesar de todo es capaz de darse cuenta de algunos de sus errores.

Entre 1983 y 1986, se han producido cambios en distintos grados y niveles en aspectos de la acción cultural como los siguientes:

1.º)El volumen de servicios e instalaciones culturales. Desde 1983, se ha producido un aumento neto de servicios e instalaciones culturales es el conjunto del Estado, en una medida no calibrada pero de la cual pueden dar una idea los presupuestos de las distintas Administraciones, en especial las de las Comunidades Autónomas de más reciente institucionalización.

2.º) El crecimiento neto de personas dedicadas profesional, semiprofesional o voluntariamente a proyectos o servicios culturales.

3.º) La consolidación de ciertas prácticas de difusión cultural: Festivales, Muestras, campañas estacionales, Fiestas, etc. Definiendo prefiguraciones de circuitos y estilos en los que empieza a tomar forma como política enraizada de difusión.

4.º) Se ha producido una amplia renovación en los servicios existentes de tipo tradicional; bibliotecas, museos, etc.

5.º) Las Casas de Cultura, Centros Cívicos e instalaciones socio-culturales similares, creadas a principio de los años 80, han alcanzado su mayoría de edad, en algunos casos viviendo sus primeras crisis y evidenciando la necesidad de políticas de amplio alcance.

6.º) Asimismo se han consolidado esfuerzos en el campo de la Educación Permanente, especialmente las Universidades Populares.

7.º) Los «departamentos» de cultura aunque todavía conservan su cariz de provisionalidad, en Administraciones de tipo medio o pequeño, han ganado una indudable presencia institucional.

8.º) Las políticas de subvenciones han dejado paso a los ensayos de convenios, acuerdos y contratos con grupos artísticos y entidades ciudadanas, de forma que hoy se puede decir que en amplios sectores de la gestión cultural el papel de la Función Pública se ha resituado de forma más transparente.

9.º)Aunque el sector industrial-empresarial sigue ajeno a la financiación de la cultura, se pueden apreciar serios indicios de un acercamiento tanto a niveles locales como autonómicos.

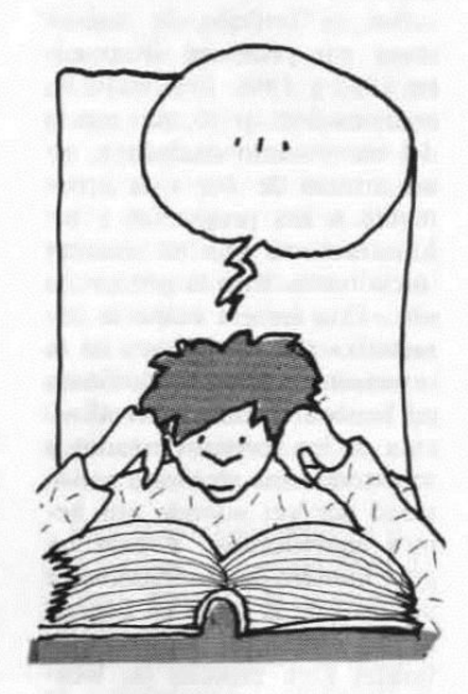
10.º) El crecimiento de medios de comunicación local ha estimulado la divulgación de las propuestas culturales de servicio directo al ciudadano.

11.º) Se han puesto en marcha durante este período, el 80% de las escuelas existentes para la formación de trabajadores culturales.

12.º)Después de un período de espontaneismo cultural, se han reforzado los criterios de rigor y selección, especialmente en el campo del apoyo a la creación y divulgación artística.

Con 15 años de atraso

Estas condiciones descritas son fruto de un resumen de observaciones arbitrarias ante realidades diversas. No obstante, no es difícil obtener un consenso generalizado si se afirma que la etapa descrita, 1983-1986, se ha presentado



bajo el signo de la consolidación de ideas, proyectos, instalaciones y servicios. Entre 1983 y 1986 ha sido necesario dar forma viable a proyectos nacidos de las primeras y/o segundas elecciones municipales y autonómicas. Ha sido un período en el que han culminado muchas de las aspiraciones promovidas por los movimientos cívico-culturales de la lucha democrática de los años 70. En estos últimos tres años tal vez se ha inventado poco pero se ha consolidado mucho. Se han liquidado ciertas cuentas pendientes con las demandas de sectores culturales comunitarios que exigian una respuesta pública irrenunciable. Todavía queda mucho por hacer especialmente en la dotación de «servicios mínimos» de tipo socio-cultural, pero los modelos están trazados.

Ante esta constatación se comprende que éste sea un

momento de tomar un respiro y echar la mirada en todas direcciones. Hacia atrás, para ver el camino recorrido desde las aspiraciones de la lucha democrática. Hacia los lados, para confrontar nuestro camino con el de otros países y aún continentes... y hacia adelante para trazar los objetivos en la próxima etapa.

Là sensación de haber cubierto una etapa en el desarrollo cultural de España no oculta tampoco la realidad de los déficits pendientes y sobre todo la constatación de que no disponemos de los instrumentos mínimos para enfrentarnos al futuro. Se podrá decir que hoy se ha subsanado necesidades correspondientes a los años 60: bibliotecas, museos, casas de cultura, arte en la calle, curcuitos de difusión, apoyo a determinados aspectos de la creación artística, etc... Se han orientado políticas de impulso a las industrias culturales autóctonas (incluidos el libro o el cine), se han creado mecanismos de rendimiento para determinadas artesanías, etc... En suma, se han cubierto las etapas de modernización cultural indispensables para entrar como país occidental en la década pasada.

Estos 15 años de retraso son evidentes si comparamos nuestra situación actual con lo que se proponía en 1970 en otros países europeos como Italia, Irlanda o Finlandia. En relación a países como los Escandinavos, Alemania, Francia o Inglaterra, la comparación es aún más desfavorable. En los tres baremos básicos de política cultural; legislación, equipamientos y ayuda neta a las Artes, el Estado español está en su conjunto entre los zagueros de Europa. No obstante, la coyuntura desfavorable en términos absolutos, no lo es tanto si consideramos esta situación en términos más relativos.

La nueva década

La caída en el Gasto Público de los países de la OCDE debida a la llamada «crisis del petróleo», coincidió con el final de la dictadura en España. Es decir, cuando otros países empezaron a controlar seriamente sus gastos educativos y culturales, en España se priorizaban estas actividades tanto en los presupuestos públicos como en las aspiraciones de la llamada sociedad civil. Esta crisis europea no sólo implicó un descenso en la inversión cultural «dura» (Patrimonio, Museos, grandes formaciones sinfónicas, Opera, Teatros Nacionales, etc...) sino que afectó también el conjunto de servicios socio-culturales comunitarios. Se redujeron subvenciones a artistas, se desmantelaron algunos circuitos de difusión y se pusieron en cuestión los modelos de inserción cultural comunitaria, entre ellos el de la animación cultural.

Esta obligada revisión de políticas culturales llegó a Europa también en el momento en que España se empezaba a dibujar las propias estrategias de desarrollo cultural. En este sentido ha sido posible aprender de ciertos errores ajenos antes de acometer políticas culturales «ex novo» en España. Por otra parte, a la crisis económica y a las revisiones socio-educativas ha venido a añadirse una tercera dimensión que salvando todas las distancias, acerca aún más nuestra problemática a la de países vecinos.

La revolución tecnológica de la última década con sus riesgos y oportunidades para el desarrollo cultural, se cierne indiscriminadamente sobre todos los países. Ello está obligando a modernizar no solamente los equipamientos culturales sino también a adaptarse a nuevas sensibilidades y necesidades en la relación cultura-sociedad: el tipo de participación cultural, la relación entre industrias culturales y creadores, el papel de los medios de comunicación, etc.

Con esta mirada hacia atrás en el tiempo y hacia los lados en el espacio, se ha podido apreciar la enorme fluidez de los principios y las condiciones de la intervención cultural. Un campo que en sí mismo (las condiciones y los principios) merece una observación sociológica en tanto que unidad de

Estos tres últimos años se ha inventado poco...

estudio por derecho propio. Una fluidez que se produce también en los cambios sociales que los nuevos lenguajes de la intervención cultural pretenden ayudar a entender. Si en un escasísimo margen de tiempo el país ha sido capaz de alterar nociones centenarias sobre el trabajo, la familia, la religión, el sexo, la amistad o la educación... cuánto más frágil será la exigencia de cambio en las estrategias para el desarrollo de los servicios para la cultura. Lo importante ahora es evaluar correctamente la dinámica de futuro.

Por un lado, tenemos lo que se insinúa como un reequilibrio entre el peso sociopolítico del sector público con los «nuevos» sectores privados en la acción cultural. Es decir, la máquina arrolladora de la Administración empieza a ver cómo brotan de sus grietas musgos participativos, convenios —contratos con cooperativas, entidades, grupos artísticos, editoriales... Poco a poco la Administración que nació en una época de frialdad postmoderna, busca de nuevo un cierto calor en el hogar de los restos del movimiento asociativo. Similarmente, los nuevos asociacionismos, se están ajustando a las exigencias de la Hora y no se plantean ya como presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y seis vocales... sino como pequeñas empresas, entidades con proyecto único y a tiempo fijo, cooperativas, grupos de hobby, grupos de presión social, etc.

Por otro lado, la Administración, titular de un puñado de servicios para la cultura, parece dispuesta a situar la acción cultural en su lugar, es decir, convenientemente separada en sus estrategias y metodologías de la acción educativa, asistencial o patrimonial. Todo ello, visto en un proceso ubicado en lo que resta de década y aún más allá.

Mientras tanto, se espera que crezca en nuestra sociedad el peso de los factores culturales globales. Parece que cuanto más determinada por factores económicos y tecnológicos parece nuestra sociedad, más peso tienen también los elementos de la subjetividad: las industrias de la consciencia, los populismos, las nuevas religiosidades o la propia enfermedad mental como revolución cultural.

¿Duda alguien que el consumo de drogas es un problema inicialmente cultural? El sociólogo Salvador Giner apunta en uno de sus últimos libros (Comunió, domini, innovació-Laia 1985), que el siglo XVIII consideró que la política determinaba el devenir de las sociedades. El siglo XIX, asignó este papel a la economía. En el siglo XX, la evidencia apunta hacia una consciencia de que lo que determina la sociedad es la cultura en todo su amplio bagaje de aspectos; los signos de la expresión individual, la Comunicación de masas, el arte y los lenguajes del consumo.

También se nos dice que el paro estructural y los números crecientes de ciudadanos técnicamente «desocupados», abren nuevos horizontes a una acción cultural cuyas prácticas pueden llegar a ser centrales en la vida de muchas personas. La gran pregunta es la que indaga sobre si nuestro bagaje cultural nos permitirá hacer frente a estas cuestiones. Para que la cultura sea un auténtico banco de experimentos de nuevas formas de relación social y de lucha por una mejor calidad de vida.

De momento, lo que se puede afirmar es que cualquier concejalía de cultura tiene a sus espaldas el creciente peso de la responsabilidad de llevar a todos los ámbitos de la acción municipal (incluída la hacienda, la seguridad, el urbanismo y la sanidad), la noción de que la cultura afecta a todos en toda interacción colectiva. Hay que culturizar los municipios empezando por los Ayuntamientos. Ello no quiere decir solamente llevar la cultura a la calle, al mercado, a la escuela, al hospital y al autobús. Quiere decir, abrir un debate que se expresa a tarvés de una multiplicidad de lenguaje; (desde el Arte hasta el banco de la plaza) y en una multiplicidad de lugares.

Esta puede ser la mayor y la mejor tarea de una Concejalía de Cultura en la próxima década, 1986-1996.